

ingratitude de los mismos á quienes favorecieran, lanzados á donde la Providencia les encamine: allí, con paciencia invicta se arraigan *para hacer el bien*.

Les veréis en todas partes, en todos los climas, en todo el mundo. Son la luz; son más que la luz. El astro solar no hace penetrar tanto sus potentes rayos como el amor abrazado de los misioneros penetra hasta en las cavernas más inhabitables para llevar allí el progreso cristiano. Los frailes *redentores*, al paso que libertaban los cautivos, se apasionaban muchas veces ellos mismos por redimir á los esclavos, y en el frío calabozo, abrían una cátedra de civilización santa. Los dominicos, excelentemente predicadores, y los Menores, eminentemente misioneros, se esparcieron en poco tiempo, como los apóstoles, por todo el mundo. Parecían gozar del dote de ubicuidad.

En 1258, 49 años después de la fundación de la Orden franciscana, el pontífice Alejandro IV escribía: «Á nuestros muy queridos hijos de la Orden de S. Francisco en las tierras de los sarracenos, paganos, griegos, búlgaros, cumanos, etíopes, siros, íberos, alanos, gazaros, godos, ziques, rutenos, georgianos, nubios, nestorianos, jacobitas, armenios, indios, mostelitas, tártaros, húngaros de la gran Hungría, turcos y demás naciones infieles del Oriente, ó en cualquier otro territorio». Todo esto, aparte su presencia en los países católicos en los que no dejaban de misionar con celo digno de la causa de Cristo.

Los religiosos mendicantes, en efecto, renovaron completamente la faz de la tierra. Los minoritas, á quienes Dios, de un modo particular infundió la unción de los apóstoles, convirtieron gran parte de los hombres y los pueblos. Si las muchedumbres se olvidaban de atender á sus corporales necesidades por seguir á Jesucristo, el Patriarca de Asís arrastraba dulcemente en pos de sí pueblos enteros, y sus hijos gozaron en todos tiempos el hermoso privilegio de cautivar las miradas humanas. La misma conquista y civilización de las Américas se debe de un modo particular á los religiosos. Colón no hubiera arribado á aquellas inmensas islas á

no ser por Fr. Pérez de Marchena y Fr. Hernando de Talavera. El descubrimiento de América tuvo sus principios en un convento, y de los conventos salieron los que la conquistaron á la Fe, á la Patria y al Progreso. Cuanto se diga en contrario es flotar en la inmensidad de la inexactitud y de la calumnia.

Y ¿no era Jesucristo Sacramentado quien formaba por sí mismo las valientes huestes que, abandonando el suelo patrio, surcaban dilatados mares, para civilizar el viejo y nuevo mundo? Y ¿no era Jesucristo Sacramentado quien los animaba y fortalecía contra los nuevos perseguidores, en cuyos dominios no encontraban las más de las veces sino los insultos, los tormentos y en ocasiones la misma muerte?

Los misioneros formaban el número de los sabios, y Jesucristo con los sabios ha hecho todas las conquistas de la ciencia. Los religiosos que en el convento quedaban destinados al estudio, se esforzaban por hallar en los antiguos libros noticias de la civilización pasada, á fin de levantar una punta del velo á la naturaleza y arrancarle sus más hondos secretos. Los escolásticos explicaban á millares de discípulos toda clase de materias conocidas; eran en verdad sabios profundos y catedráticos universales. Alejandro de Alés y Alberto Magno, Santo Tomás y S. Buenaventura, Escoto y Hugo de S. Caro, Raimundo Lulio y Rogerio Bacón. ¡Qué figuras! Sobre todo éste último, ¿quién superarle pudo en ciencias exactas, físicas y naturales? ¿No fué él quien, siglos antes de las aplicaciones científicas, dió noticias del vapor, de la grua, del puente colgante, de la escafandra del buzo, de los areostatos, de la linterna mágica y del planisferio semoviente? ¿No fué él quien dió á conocer un tratado completo de óptica, los fenómenos del arco iris, los halos, la polarización de la luz por el prisma, el magnetismo, varias combinaciones químicas y la receta de la polvora? ¿No fué él quien formuló un completo sistema para alargar la existencia humana, y como lingüista, escriptuario y sobre todo metodista apenas se encontrará quien le iguale? Pero no era sólo Rogerio Bacón el que marchaba

como general de las tropas civilizadoras; un franciscano colocó los primeros relojes en las torres, y otro minorita, el Beato Bernardino de Felfrio, estableció el primer Monte de Piedad; Fr. Francisco Pacioli de Borgo compuso el primer tratado de Álgebra; los jesuitas PP. Grassi, Scheiner, Schal y Secchi, descubridores fueron de muchas importancias astronómicas; el P. Main publicó el más completo catálogo de estrellas que se conoce; el P. Bertelli inventó el péndulo protográfico; el agustino Engranelle fué el autor de la fenotecnia; el P. Noel dió á conocer la señal de alarma; el jesuita Hahn y los trapenses Descuret y Debreine fueron insignes fisiólogos. De filosofía, teología, derecho, geografía, historia y lingüística, no digamos una palabra, porque los frailes, más que ninguna otra respetable clase, las cultivaron de una manera sobresaliente.

No en tanta escala como éstos, aunque también en considerable número, los eclesiásticos seculares sabían manejar lo mismo el breviario y el misal como las aplicaciones de la ciencia. En el siglo XII, Pedro de Blois combatió los errores de la astrología; en el XIII, Teodorico, obispo de Bionto, substituyó las vendas á los terribles aparatos en la fractura de los huesos: Juan de Saint-Amán dió reglas para todas las diagnósis; Virgilio, obispo de Salzburgo, señaló la existencia de los antípodas y, antes que el gran Newton, definió la fuerza centrípeta de la tierra; Nicolás de Cusa fué cardenal; Galileo, novicio de un convento; Copérnico, canónigo; Caselli inventó el pantelégrafo y Hautefeuille descubrió el resorte espiral aplicado á los relojes.

Pero de todo esto es preciso deducir consecuencias importantísimas. En efecto; excepción hecha de algunos legos sobresalientes en las ciencias, en general católicos, casi todos los grandes sabios de la Edad Media y gran parte de la Moderna fueron *sacerdotes*. Las escuelas del saber eran suyas. Yo pretendo descubrir en este raro suceso, á más de que la religión no está reñida con la ciencia, por el contrario muy unida: á más de que el progreso de los pueblos partió de la Iglesia, y por la Iglesia fué propagado: algo que

debe llamarnos poderosamente la atención; anteriormente lo he insinuado ya. Esa particularidad de ser sacerdotes de ambos cleros, y católicos no relajados los maestros del saber, despierta la feliz idea de que diariamente, ó con gran frecuencia, esos hombres eminentes estudiaban á la luz del Sagrario, y estaban en comunicación íntima con el Misterio Santísimo que allí se oculta, el cual consagraban y percibían, y del que sin duda alguna debieron recibir las especiales luces científicas; traducidas en grandes obras literarias y descubrimientos admirables. Era Jesucristo Sacramentado quien les infundía la doctrina, les impulsaba al trabajo, y con ellos obraba la civilización universal.

V

Es indispensable de todo punto inculcar y robustecer aún más esta preciosa idea. El mundo civilizado, á la verdad, ha dado en nuestra presente época cambios radicalísimos. Ama lo que antes aborrecía; sirve al que antes despreciaba; llama luz á las tinieblas y tinieblas á la luz, y se empeña por que los hombres, no sólo sencillos, si que también prudentes y sabios, sigan descaminadas orientaciones. Para conseguir sus inicuos fines ha arrebatado la enseñanza de manos de la Iglesia y le niega, no sólo su derecho á enseñar, si que también á que ejerza de hecho tan necesaria misión: misión, digámoslo claro y alto, propia y exclusivamente católica. Se vale del insulto, de la calumnia, del ridículo, de la opresión, de la violencia y hasta de la persecución y tormento para que, dejando de ingerirse en los grandes negocios de la sociedad, que son los negocios de Dios, se encierre en la oscura esfera de la impotencia á fin de llegar á denunciarla ante el mundo, y exclamar luego con carcajada de idiota:—Ahí tenéis á la Iglesia Católica: ¿quién es? Es opresora y retrógrada; no tiene nada; no sirve para nada. Las conquistas de la ciencia y del progreso, son conquistas de la libertad que nosotros con nuestros grandes esfuerzos hemos implantado en el mundo; su tiempo pasó, y no da ya fruto ninguno; es menester arrancar el árbol. ¡Abajo, pues,

la Iglesia! ¡Viva el laicismo y la sociedad independiente! Mas; qué ingratitud tan enorme! Si el mundo civilizado, por cierto, ha dado cambios radicalísimos, la Iglesia en manera alguna no ha cambiado, porque el Hijo de Dios, su Fundador, es eterno. Á esos ingratos les sucede lo que al infeliz perro, que viendo de noche en el azulado firmamento al satélite de la tierra, hermoso y brillante, le da furiosos y continuados ladridos; pero la luna, despreciando al impotente can, sigue impávida y majestuosa su carrera, cumpliendo su destino, el destino que su Autor ha formado sobre ella.

Y el destino que el Altísimo ha formado sobre la Iglesia es que siga, como la luna, el curso de siempre, sin hacer el menor caso de los nublados, de las tormentas, de los huracanes y aun de los parciales eclipses; amando á las almas, desvelándose por su felicidad eterna y temporal y marchando á la cabeza de la universal civilización, pues Jesucristo la anima y sostiene.

He ahí por que la Iglesia no pasó; no puede pasar; ni pasar podrá su decisiva influencia en todos los organismos sociales, mal que pese á los jacobinos, pues Ella tiene trazada su inmensa órbita dentro de la cual se desenvuelve, y también su largo camino, por el cual marcha sin detenerse hasta llegar á Dios.

Mientras el sol de nuestro planetario sistema no se oculte para siempre, lo cual no sucederá mientras el mundo exista, enviará sobre los seres su luz y calor respectivos; las plantas brotarán, los árboles darán su fruto, el hombre vivirá y sentirá sobre sí el vigor que fortalece sus miembros y el gozo que embarga su ánimo; la sociedad marchará iluminada y robustecida: del mismo modo, mientras el Sol del Tabernáculo no se ponga para siempre, que no se pondrá mientras los siglos puedan contarse, enviará sobre los individuos, las familias y sociedades su luz y calor divinos; las almas brotarán en la virtud, los organismos sociales darán sus frutos cristianos, el hombre católico vivirá y experimentará sobre sí el vigor y gozo producidos por la influencia eucarística; la sociedad cristiana marchará progresando en todos los sentidos.

Y como la hermosa luna, que recibe su luz del sol y la proyecta sobre la tierra: así la Iglesia Católica, que recibe su ciencia del Sol eucarístico, la proyectará sobre la sociedad; y como la luna y la tierra á la vez, cada una dentro de su respectiva órbita, giran tranquila y admirablemente en derredor del sol: así la Iglesia y la sociedad, á la vez, en lo que respecta á la civilización, aunque cada una dentro de su correspondiente órbita, giran y girarán en derredor del Sol eucarístico, de quien todo lo reciben.

He ahí por qué la Iglesia ha de ir por necesidad al frente del progreso humano; y he ahí también por qué las sociedades, aunque lo résistan, tienen que recibir la bella influencia del progreso católico, y cortejar al Dios del Tabernáculo.

VI

¿Qué nó? Veámoslo, sin ser molestos. Por más que, según insinué arriba, los gobiernos y sociedades radicales se propongan desde hace algún tiempo atajar el paso civilizador de la Iglesia, ésta no ha podido ser detenida en su camino. Precisamente desde que la ponen barreras y obstáculos, al parecer insuperables, es cuando Ella se desenvuelve con más rapidez y eficacia si cabe, dando lugar de este modo á que se vislumbre mejor en ella la acción sobrenatural. Se han hecho esfuerzos inauditos por ahogar la voz del fraile, por borrar su influencia, por confinarle y hasta por exterminarle, porque no ignoran que el fraile es el brazo derecho de la Iglesia; pero el fraile, aunque llamado *pájaro* por sus enemigos, es un pájaro de los que vuelven; el fraile no muere, y bien pueden morder el polvo los enemigos de las Ordenes Religiosas, que el fraile lleva la vida de la Iglesia. ¿No lo véis? Son arrojados de Francia, y se introducen con su civilización en otras naciones latinas, y en las Américas; son expulsados de España, y arraigan en los demás países, y esto que sucedió respectivamente en la época del Terror y en el 35 del pasado siglo, se ha repetido en parte en nuestros días. La decrepita Francia jacobina y el exiguo Portu-

gal, los han arrojado de su seno, y los frailes se han marchado con sus haberes, civilización é influencia á las protestantes Alemania é Inglaterra, á la mixta Suiza y á las católicas España, Bélgica y Américas que les han abierto los brazos. Es una ley uniforme é inflexible que durará mientras los siglos, y que no deben olvidar los hombres de gobierno. El fraile sale de un lugar para domiciliarse en otro; si disminuye ó cesa el clero regular en una nación, no es sino para aumentar las misiones católicas, ó el progreso intelectual, moral y material de otros países. Según esto, los frailes con la Iglesia han de ir siempre, sea donde fuere, al frente del movimiento civilizador.

Hoy lo estamos palpando; los trabajos religiosos del fraile, sus escuelas, sus cátedras, sus hospitales, sus orfanotrofios, sus montes de piedad, sus recursos, su dirección y su influencia, están haciendo su efecto progresivo en los lugares donde han arraigado. Lo que hacían en Francia, Portugal y Filipinas, no lo dudéis, lo practicarán en otra parte, aun con más celo si cabe, y en consecuencia con más ventajas. El daño incalculable que se hace á sí propia una nación con proscribir los frailes, es un doblado bien que sin esfuerzo esta nación regala á las demás. Así, el fraile es siempre civilizador.

Verdad hermosísima que se descubre en primer lugar en las misiones actuales. Según un trabajo estadístico reciente, las misiones católicas del universo son formadas por: 13.300 misioneros sacerdotes, 4.000 hermanos conversos, 12.000 religiosas y 1.000 indígenas. Solamente los Franciscanos tenemos repartidos por las *misiones* de todo el mundo más de 4.000 misioneros activos (1). Las demás Ordenes Religiosas, en particular los PP. Jesuítas, á proporción del número de sus religiosos trabajan incansablemente en sus res-

(1) Nuestras misiones residen en los países siguientes: Bosnia, Herzegovina, Polonia superior é inferior, Lituania, Rusia, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Epiro, Macedonia, Servia, Montenegro, Pulati in Albania, Castriati, Tracia, Palestina, Galilea, Fenicia, Siria, Armenia, Chipre, Siete Vicariatos Apostólicos en China, Marruecos, Trípoli, Alto y Bajo Egipto, Assab, Antillas, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Centro América, Méjico, Estados Unidos, Filipinas y Australia.

pectivas y dilatadas misiones, pudiendo entre todos los religiosos, con santo orgullo, hacer hincar ante la Hostia santa más de 22.000.000 de católicos misionados. Ahora mismo, ¿no se registran en los Estados Unidos más de 10.000, y en Inglaterra más de 8.000 conversiones anuales?

El fraile es un árbol que produce frutos en toda tierra; su obra es una obra eminentemente regeneradora en todo buen sentido. Él no reporta temporalmente para sí más que desprecios, trabajos, sufrimientos y quizá la muerte, pero es el Angel del Hombre-Dios quien lo envía á países distantes para continuar su Obra progresiva.

Obra grande que se descubre también en los trabajos puramente científicos. Se ha dado en la manía de no querer ver en los religiosos modernos ningún mérito científico.—Quizá antiguamente, dicen los enemigos de los frailes, descollasen éstos en las ciencias, pero hoy no tienen ningún alumno sobresaliente... Repito que la obra civilizadora de Jesucristo es perpetua, y si los frailes sirvieron antiguamente para desarrollar el progreso científico, también sirven al presente. Siglos pasados, su fama era mayor por dos poderosas razones: 1.^a por ser los religiosos en mayor número, 2.^a por estar apoyados de los gobiernos, y bendecidos del pueblo en general. Mas aunque todo esto en gran parte no suceda hoy por desgracia, ¿podrán cerrarse los ojos ante los fulgores que despiden los claustros? ¿Qué significa ese afán de las familias y de los pueblos, aunque contrarios sean éstos á las Ordenes Religiosas, por que se funden escuelas y colegios regulares á fin de educar é ilustrar á sus hijos? ¿Qué significan dichos colegios y escuelas ya establecidos? ¿Qué significan los observatorios montados por religiosos? ¿Qué significan los PP. Faura, Viñes, Algué, Rodríguez y Cirera, meteorólogos; los PP. Blanco, Mercado, Fernández y Navés, autores de la gran Flora de Filipinas; los PP. Francisco M.^a de París, descubridor del fotómetro, Rheynt, inventor de los gemelos, Martínez, autor de la máquina electrostática, Fr. Félix, inventor de la telegrafía fonográfica y la célebre física de Valladares? ¿Qué significan el P. Emilio de Carbo-

guano, autor del telesirmófono ó teléfono sin hilos, utilísimo aparato de la ciencia telefónica á la cual simplifica y economiza en gran manera; Monseñor Cerebotani, inventor de notables aparatos físicos, entre los que descuellan, por llamar poderosamente hoy la atención del mundo científico, dos: el teleropómetro, cuyo objeto es medir las distancias sin necesidad de cálculos pesados y para levantar toda clase de planos topográficos; y el teleautógrafo, que transmite telegráficamente no sólo escritos sino dibujos, retratos etc. y el franciscano P. León Longo, reputado médico parisién, que con motivo del Congreso de Médicos Católicos, pronunció una Conferencia médica aplaudida de todos los concurrentes? Qué significan el arqueólogo P. Fita, los literatos PP. Coloma, Valle, Mir, Castellanos, Casanova y Van Trich; los historiadores Tirso López, Ricardo Cappa, Minguella, Civvezza y Aguillo; los filólogos Cejador, Lazcano y Lerchundi; el diplomático citado P. Lerchundi; los filósofos González, Urráburu, Mendive, Cuevas, Álvarez, Gutiérrez y Casanova; los geólogos Cámara, Vigil, Martínez, Arinteco y Lino Murillo; los fenómenos en oratoria PP. Bernardino de Montefeltro y Antonio Medina; el P. O'Grady peritísimo en ciencias y política coloniales, etc. etc.?

Las nuevas congregaciones religioso-instructivas y altamente educadoras; muchas de las mismas religiosas de clausura ¿no instruyen, no moralizan en sus conventos? ¿no llevan adelante el progreso científico y moral? Si la civilización, pues, de la Edad Media y gran parte de la Moderna se debe á los Regulares, mal hizo Víctor Hugo con afirmar que la civilización condena á los frailes. No, mil veces no: la verdadera civilización los debe reconocer por directores y salvadores suyos. Nosotros, al paso de un fraile, debemos descubrirnos.

VII

Al hablar del progreso científico y moral nunca he intentado omitir al benemérito cuanto sufrido Clero secular ni á los eminentes seglares católicos, muchos de éstos fervorosos; de aquél podemos afirmar que es uno de los princi-

pales factores de la civilización cristiana y que frecuentemente leemos en las efemérides imparciales el perfeccionamiento ó descubrimiento de algún adelanto llevado á cabo por célebres miembros suyos; el sacerdote Anastasio Merino, inventor de la economía monetaria, el célebre Kneip, jefe de la escuela médico-hidroterápica y el historiador abate Sicard: son tres sobresalientes ejemplares que no conviene olvidar. En los trabajos de enseñanza y sociología se cuentan por centenares. De los eminentes legos católicos, ¿quién desconoce en el mundo de la ciencia, á Roentgen, autor de los rayos X; á Branly, iniciador de la telegrafía sin hilos; al químico Cherrent, al naturalista Saint-Hilaire, al fisiólogo Bernard, á los médicos Pasteur y Dr. Cirera Salsé, al cirujano Creux, al matemático Cauchí, al ingeniero Eiffel, al aeronauta Santos Dumont, al canalizador Lesseps, al poeta Aicart y á los músicos Bornowasser, Cohen, Engelhart, Horn y Vust? La cátedra, el foro, el comercio, el arte y la industria, ¿no cuentan entre sus notables profesores á eminencias católico-seglares?

Pero aun hay más. ¿Qué significan las obras católico-sociales iniciadas, desarrolladas, apoyadas y continuadas por exclusivos hijos de la Iglesia Católica? ¿Qué significan las doctrinas, las juventudes y ligas católicas y los círculos de obreros con sus bibliotecas, veladas y conferencias periódicas? ¿Qué significan los sindicatos agrícolas, las cooperativas, las cajas de ahorro, las bolsas del trabajo, los jurados mixtos, las cajas de crédito popular y los patronatos rurales? ¿Qué significan el pan de S. Antonio, las cocinas económicas, los hospitales, manicomios, orfanatos, asilos, incluidas, escuelas, cárceles, sanatorios, sociedades antiesclavistas y la obra de libertación, etc. etc.? ¿Acaso todas estas santas y populares obras no se han creado exclusivamente por la Iglesia para ilustración, moralización, mantenimiento, apoyo, consuelo, libertad y prosperidad de la sociedad en general y del obrero en particular? Jamás las sectas, ni aun los gobiernos podrán presentarnos obras de igual clase sostenidas con los sudores, las fatigas y las lágrimas que le

cuesta á la Iglesia y con la economía, la paz y el gozo que adquiere el pobre obrero. Luego la Iglesia Católica es la única civilizadora.

Mas hagamos ahora deducciones. Ante la consideración del ejército docente y cooperadores seculares de la Iglesia Católica, ejército compacto, robusto, numerosísimo y diseminado por todos los organismos del mundo conocido, ante el cual ninguna sociedad, ni secta, ni país competir pueden; ¿no se asoma á nuestra mente la doble y fecunda idea, á saber: que este privilegiado ejército sólo puede ser mandado y dirigido por un ser inteligente, activo, cariñoso y omnipotente, de cuyos afectos y remuneraciones, así como de sus terminantes órdenes participen todos sus miembros? y que con los trabajos de un ejército semejante seguirá civilizándose el mundo, pues nada hay que pueda sustraerse de su mágica influencia?

Y quién, pregunto, es ese ser inteligente, activo, cariñoso y omnipotente, *obrando en la tierra con y para el hombre*, sino el valiente Capitán cuyos famosos reales están en el Sagrario, desde donde dirige con gran acierto las operaciones militares de sus hijos, sean sacerdotes, religiosos ó seculares, en beneficio de la regeneración del mundo? Si he contado en resumen los adelantos recientes y sus profesores, ha sido para consignar que los segundos son del gremio de la Iglesia Católica, en la cual, por virtud de Jesucristo Sacramentado, se ilustraron, y embellecieron la inteligencia humana con sus producciones científicas.

He ahí por consiguiente al Sacramento eucarístico marchando al frente de la civilización actual. He dicho que nadie ni nada puede sustraerse de su decisiva influencia, porque ciertamente, aunque las sociedades ó los individuos quieran sustraerse de la civilización cristiana, empero, sin quererlo, obran dentro de la misma. Sus progresos no pueden olvidarse; se apetecen por sus bellos efectos, por más que se desprecien por su elevado origen; ahora que los desprecios, cuando llegan á ser generales, dan lugar á que el Altísimo retire su acción progresiva de sobre el país ingrato,

abandonándole á sí propio que, aun en medio de todo, conservar podrá gran parte de esa civilización cristiana profanada. ¡Tanto es su influjo! ¡Tanto su poder!

Así es como puede explicarse la apostasía de las naciones católicas. Conservan y aun aumentan el progreso científico y material, pero es porque Jesucristo y su Iglesia les dejó plantado y desarrollado el fecundo árbol del progreso católico. No obstante, puede que feroces bestias asalten el campo social donde ese árbol precioso está arraigado, y arrojen sus frutos, corten sus hojas, destrocen sus ramas y arranquen el tronco hasta las raíces. La orgullosa sociedad romana, devastada por los hunos y los godos, y la vanidosa África, destruída por los vándalos, confirman tristemente estas ideas. *Et nunc reges et nationes, intelligite.*

Á vista de semejantes lógicos razonamientos debemos concluir que Jesucristo en el Sacramento es el que por medio de su Iglesia Católica ha obrado la civilización universal, y que sólo este mismo Jesucristo que da luz y vida á sus hijos podrá sostenerla. Nosotros, íntimamente persuadidos de esta verdad altísima, le seremos eternamente agradecidos.